

REY. ¿No se acaban los enredos del Conde?

CONDE. Sólo me falta para rematar el seso lo que dice aqueste paje.— Hombre ¿estás en tí?

FINEA. No puedo ser hombre, que si lo fuera no tratara el casamiento contigo, que me has costado, Conde, trabajos inmensos desde el día que te vi en Hungría, pues siguiendo tus pasos con loco amor con tal confusión he puesto al Rey, á Alberto, á Florela y á ti: Pero el Rey y Alberto y Florela sepan hoy que aunque me has visto, y sirviendo tu persona estoy contigo, nunca supiste el suceso: que en efecto soy Finea, que de aqueste atrevimiento le pido perdón al Rey, á ti, á Florela y Alberto.

REY. ¡Hay suceso semejante!

CLARÍN. ¿Y á mí no? ¡Viven los cielos, que si lo hubiera sabido...!

CONDE. ¿Es posible que tú has hecho tanto mal á mi inocencia?

REY. Federico, ya no es tiempo

de examinar el amor, de quien latinos y griegos tantas cosas han escrito.

FLORELA. Su poder conozco inmenso; pero ¿es efecto de amor la burla de que me quejo á tu justicia?

REY. Florela, y tú, Conde, estadme atentos. Hoy mi voluntad es ley. Que sea Finea quiero mujer del Conde, que es justo de sus trabajos el premio. Yo no tengo por traiciones las industrias del ingenio, mayormente cuando amor ayuda al entendimiento. Todo ha de quedar en paz: dale tu la mano, Alberto, á Florela; en lo demás pongo perpetuo silencio.

CLARÍN. ¿No le dan nada á Clarín?

FINEA. ¿No basta que satisfecho quedes?

CLARÍN. ¿De qué?

FINEA. De Fenisa, pues como estaba la dejo.

CONDE. Aquí, senado, se acaba *La mujer por fuerza*, haciendo de la fuerza voluntad con que serviros deseo.

PRIMERA PARTE

PROSPERA FORTUNA DE DON ALVARO DE LUNA
Y ADVERSA DE RUY LÓPEZ DE ÁVALOS

COMEDIA FAMOSA POR EL MAESTRO TIRSO DE MOLINA

Representóla Valdés.

PERSONAS

EL REY DON JUAN DE CASTILLA.
EL INFANTE DE ARAGÓN.
DON ALVARO DE LUNA.
JUAN DE MENA.
RUY LÓPEZ.
ALFONSO, Rey de Aragón.

LA INFANTA DE CASTILLA.
DOÑA ELVIRA, dama de la Infanta.
GARCÍA, } criados de Ruy López.
HERRERA, }
INÉS, criada de doña Elvira.
PABLILLOS.

JORNADA PRIMERA

ESCENA PRIMERA

RUY LÓPEZ y sus criados GARCÍA y HERRERA, vistiéndole. Luego un PAJE.

RUY.
¿Qué hora es?

GARCÍA.
Señor, las nueve.

RUY.
A la vejez cualquiera mal se atreve. Tarde me levanto: mis continuos achaques lo han causado. Hijos, vestidme aprisa, porque antes que á palacio, vaya á misa. Herrera, Juan García, mucho huelgo de veros, á fe mía.

GARCÍA.
Tu vida el cielo aumente.

RUY.
Amigos, ¿qué se debe á aquella gente que he sentido allá fuera?

HERRERA.
Nada, señor; son pobres.

RUY.
Pues, Herrera, ¿no es deuda, y muy debida, la limosna que piden por mi vida? Que nunca el pobre aguarde; la limosna deshace el darla tarde. Dadme capa y espada, que se alegra el día, y si le agrada salir al campo agora al Rey, nuestro señor, pienso que es hora de verle, que ha tres días que no le vi por las dolencias mías.

UN PAJE.
Este papel te envía el marqués de Villena.

RUY.

El que solía tener tan grande estado, y agora, con sus libros, retirado, contempla las estrellas, adivinando lo futuro en ellas. Sal, y junta esa puerta. *(Al Paje.)* Aunque no nos predice cosa cierta la docta astrología, á Enrique consulté la dicha mía, y en éste me responde el fin que á mi vez el cielo asconde, de varios astros lleno.

(Lee.) «A Don Ruy López de Avalos, el Bueno.» Mejor es que lo fuera, y que el mundo este nombre no me diera.

(Lee.) «Cuando lea vuesañoría este papel, estará con dos criados suyos, los que más quiere; el uno será ejemplo de lealtad, y el otro de la traición; el uno causará su ruina, y el otro será restaurador de su honra. De allí á pocos días entrará en su casa quien le ha de suceder en sus estados, y vuesañoría será feliz en sucesión, si desdichado en sus últimos días. — Don Enrique.»

¿Qué decis desto los dos?

HERRERA. Que el prudente predomina los astros de luz divina, y sobre todos es Dios. Si voy siguiendo tus huellas y tus ejemplos seguí, claro está, señor, que en mí han mentido las estrellas.

GARCÍA. Si fe al papel se debiera, como á precepto de Dios, me pesara á mí por vos, Alvaro Núñez de Herrera; pues hallándome fiel con Ruy López, mi señor, ó vos seréis el traidor ó ha mentido ese papel.

HERRERA. Córdoba, mi patria, sabe que jamás agravio he hecho, y el hábito de mi pecho nos dice que en él no cabe semejante deslealtad; y así es consecuencia mía que el traidor es Juan García, si el papel dice verdad.

RUY. Basta, hijos, que señales vencen virtud y prudencia, y esa honrosa competencia os da á los dos por leales.

PAJE. Señor... señor...

RUY. ¿Con qué susto entras! Prosigue, ¿qué pasa? Su majestad entró en casa. Grande amor ó gran disgusto. Buenas albricias mereces, y no es nuevo para mí que reyes entren aquí. Su padre entró muchas veces, aunque ésta me maravilla. A recibille saldré.

ESCENA II

DICHOS y el REY DON JUAN, niño, y toda la compañía.

REY. Ya no tenéis para qué, gobernador de Castilla, Condestable amigo; así se han de visitar los hombres como vos.

RUY. Dente renombres de Alejandro y César.

REY. Di de Enrique, mi padre, pues á su [gran] nombre es debido más honor.

RUY. *(Aparte.)* *(Gracia ha tenido: fué agudeza y verdad es.)* Hónreme el besar tu mano.

REY. Los brazos, padre, te debo.

RUY. Otro honor es ese nuevo: nombre es ese soberano.

REY. Mi padre, cuando murió, por ser tú el mejor vasallo que en todos mis reinos hallo, mi niñez te encomendó. Como á hijo me has criado, y pues que mi padre has sido y mi ayo, este apellido justamente te ha cuadrado.

RUY. Tanto estimo que me cuadre el de súbdito, que aún hallo en el nombre de vasallo más honra que en el de padre.

(En la sala hay un dosel con silla.)

Sentáos, señor, y reciba honra de espacio esta casa; y no es nuevo lo que pasa en ella, que así yo viva, que vuestro padre la honró tres veces, y en esta silla ningún señor de Castilla después acá se sentó.

Vuelta ha estado á la pared, en señal honrosa y bella, que el rey se sentaba en ella, haciéndome á mi merced.

REY. En mí vive el mismo amor. Oid aparte.

RUY. *(A la gente.)* Despejad, que quiere su majestad quedar solo.

HERRERA. ¡Gran favor! *(Vanse.)*

ESCENA III

El REY y RUY LÓPEZ.

REY. ¿Cómo no os cubrís? No pasa esa honra á mi cabeza;

porque es tanta la grandeza del estar vos en mi casa, Rey y monarca español, que me deslumbro con ella, y cualquier merced estrella será delante del sol.

REY. Cubrios, dadme contento.

RUY. No he de ser grande este día.

REY. Acabad, por vida mía. Obligóme el juramento.

RUY. Mi padre, á quien llamó el mundo el Enfermo don Enrique, murió cuando daba yo los primeros pasos libres de la vida, dando al reino su muerte lágrimas tristes. Quedé yo tan niño entonces, que en su testamento impide que pueda gozar el reino hasta que llegue á los quince años, y á vos, Condestable, gobernador os elige, con otros grandes; mas pues el cielo santo permite que para los quince años, medio me falta, suplilde Ruy López, para que yo estos reinos administre. Hoy á los grandes y al reino esta petición humilde les proponed, Condestable, si en algo queréis servirme, pues á vuestra casa, amigo, sólo á este negocio vine.

RUY. A estar, señor, en mi mano, que siempre experiencias hice de vuestra capacidad, no fuera hacerlo difícil. ¡Oh! ¡Qué bien, qué sábiamente, ya severo, ya apacible, hizo temerse y amarse vuestro padre don Enrique! Acuérdome que una vez cazaba por divertirse en las riberas de Arlanza palomas y codornices. Y como todas sus rentas se gastaban en las lides con los moros, pobre estaba, pero no por eso triste. Llega al Rey su despensero, y con turbación le dice que no tiene que yantar, ni crédito con que fien el bastimento á su alteza. Obligale á que se quite un balandrán que traía para que le empeñe y guise algo que coma. Empeñóle; no compraron francolines: una espalda de carnero: ¡Qué pobreza tan insigne! ¡Qué riqueza tan gloriosa! ¡Qué modestia tan felice!

Paréceme que le escucho muchas veces que repite esta sentencia discreta: «más temo yo, más me afligen las maldiciones del pueblo, que con mucho amor me sirve, que las armas de los moros.» Sentencia de rey sublime. Llévosele Dios temprano, porque Dios que nos redime, para sí quiere los buenos:

perdonad, que bien le quise. Débole el ser, y así el alma por los ojos se derrite en lágrimas, si me acuerdo del Enfermo rey Enrique. Sus memorias me enternecen, y estas lágrimas me piden como legítima deuda: ¡llorad, ojos infelices! REY. Condestable, si en el cielo ahora mi padre vive, el mismo amor hallaréis en mis años juveniles. RUY. Así, señor, lo he creído, mas son afectos gentiles del alma tales efectos, y así suelen convertirse en lágrimas: perdonad.

ESCENA IV

DICHOS y el INFANTE DE ARAGÓN.

INFANTE. Siguiendo los pasos vine de tu Majestad.

REY. ¡Oh, primo!

¿Qué hay de nuevo? ¿A qué venistes?

INFANTE. Una novedad extraña le traigo á tu majestad.

REY. Infante, ¿qué novedad?

INFANTE. Que está en los reinos de España el Pontífice romano, porque juntándose van á Concilio en Perpiñán, con un hijo de su hermano, ésta escribe para ti.

REY. Yo lo agradezco y estimo.

Abrid vos la carta, primo.

INFANTE. Su Santidad dice así:

«A nuestro muy caro y amado hijo el rey de Castilla, don Juan el Segundo. Los cuidados y diferencias en que está la Iglesia romana por la elección de tres Papas, me han traído á España á hacer Concilio para unirla y concertarla. Desto doy aviso á vuestra majestad, á quien envío á don Alvaro de Luna, mi sobrino, para que le sirva. De nuestro palacio. — *Benedicto décimo tercio.*»

REY. ¿Qué os parece, Condestable?

RUY. Que en vuestro palacio viva ese mancebo, y reciba con rostro alegre y afable vuestra majestad, porque es hijo de un gran caballero.

REY. Hacer vuestro gusto quiero.

RUY. Mil veces beso los pies de tu majestad, señor.

Siendo del Papa sobrino,

lisonja os hizo si vino buscando vuestro favor.

REY. Entre don Alvaro.

ESCENA V

DICHOS, DON ALVARO Y PABLILLOS.

- PABLILL. Luna,
tu loco ¹ he de ser; ya sigo ²
tu luz.
- D. ALV. (*Santiguase.*) Entre Dios conmigo.
- PABLILL. Entre tu buena fortuna,
y no hagas por desdichas
reverencias con corcobos;
encomiéndate á los bobos,
que son dueños de las dichas.
- INFANTE. Alvaro, besad la mano
á su majestad.
- D. ALV. Los pies
besaré al Príncipe que es
más ilustre y soberano.
- REY. Levantad; ¿cómo ha venido
el Papa?
- D. ALV. A España ha llegado
con salud y con cuidado.
Esta cisma le ha traído.
- REY. En la suya me da aviso
de vuestra virtud, y aquí
quiere que os valgáis de mí.
- D. ALV. Sí, señor, y bien me quiso.
- REY. ¿Cómo le dejáis?
- D. ALV. Por ser
criado vuestro, que así
seré más de lo que fui.
- REY. Ya os tengo que agradecer.
- D. ALV. Natural inclinación
es pretender vuestro aumento:
no pido agradecimiento.
- REY. ¿Cómo siendo de Aragón
vuestro padre, habéis dejado
vuestra patria?
- D. ALV. Fué copero
del rey Enrique el Tercero,
y cuatro villas le ha dado,
porque mi abuelo sirvió
con la hacienda de importancia
cuando Enrique pasó á Francia;
que en Aragón le venció
el rey don Pedro.
- REY. Vos dais
muy buena cuenta de todo,
y por vuestro honrado modo,
deseo que me sirváis;
y creo que acertaréis,
porque ya se han confrontado
nuestras sangres, y he pensado
que buen vasallo seréis.
- D. ALV. Felicidad será mía
el saberos agradar,
que no se puede alcanzar
si no es con dicha.
- PABLILL. ¿Qué día
podré yo besar la mano
de tu majestad, señor?
- REY. ¿Quién es?
- D. ALV. Un loco.
- PABLILL. ¡Qué error!
- D. ALV. ¡Ah, necio!

¹ En el ms. 17.101 de la Bib. Nac. «nortes».
² En el original «y ha sid». En el ms. está bien.

- PABLILL. Muy cortesano
estáis, muy introducido
os veo: ¡gentil desprecio!
Fuí vuestro ayo, y yo soy necio.
Caí como habéis subido.
- REY. ¡Qué ingenio tiene!
- PABLILL. Ya el modo
de mi ingenio te prevengo.
Estos arbitrios que tengo
son el remedio de todo.
(*Da unos papeles y lee el Rey.*)
(*Lee.*) «Arbitrio para que el rey de
Castilla sea rey de Granada, de Ara-
gón, de Navarra, de Portugal y de
antípodas y nuevos mundos.»
«Arbitrio para que Manzanarillos
compita con su corriente con el río
Nilo, horro de cocodrilos.»
«Arbitrio para que no se halle un
necio por un ojo de la cara, aunque
sea menester para una medicina.»
«Arbitrio para que en España no
haya pecados, ni falta de dineros,
sino que todos sirvan á Dios, y estén
ricos: hay grandes arbitrios.»
- REY. Alguno dellos, amigo,
será forzoso saber.
- PABLILL. Como el premio llegue á ver,
á declararlos me obligo.
(*Dice el Rey yéndose.*)
- REY. No os olvidéis, Condestable,
de lo que os pido.
- RUY. Señor,
serviros debe mi amor.
- REY. (*Al Inf.*) ¿Noes, primo, muy agradable
don Alvaro?
- INFANTE. Y ha de ser
hombre prudente y sagaz.
- RUY. ¡Mas si fuese este rapaz
el que me ha de suceder! (*Vanse todos.*)

ESCENA VI

La INFANTA DE CASTILLA y Doña ELVIRA.

- D.ª ELV. El infante de Aragón
hoy me ha escrito este papel.
- INFANTA. No habrá finezas en él,
sino loca presunción.
Inquietos príncipes son
mis primos. ¿Pues qué te escribir?
- D.ª ELV. Dirá que amándote vive.
- INFANTA. ¿Luego tú no le has leído?
- D.ª ELV. Ahora le he recibido.
- INFANTA. ¿Qué mujer cuerda recibe
papel del Infante, que es
quien me enfada cada día?
- D.ª ELV. Temí la descortesía.
- INFANTA. Hazle pedazos, no des
crédito á antojos.
- D.ª ELV. Después
¿qué responderé al Infante?
- INFANTA. Que deje de ser amante,
ó que aprenda urbanidad,
que es libre mi voluntad,
y es su término arrogante. (*Rásgale.*)

- D.ª ELV. ¿Cómo rompes impaciente
papel que no es para tí?
- INFANTA. Pues si fuera para mí,
¿rompiérale solamente
sin que la mano insolente
que le escribió se rompiera?

ESCENA VII

DICHAS; y sale El INFANTE DE ARAGÓN. (*Al entrarse
la INFANTA, salen el REY, DON ALVARO y RUY LÓPEZ
y todos.*)

- INFANTA. Tan atrevida no fuera,
ni tan dichosa contigo,
que mereciera en castigo
lo que por favor tuviera.
- REY. ¿Dónde, Infanta?
- INFANTA. Al cuarto voy
de la reina, mi señora.
- REY. Conoced, hermana, ahora
á don Alvaro, á quien hoy
su tío, el Papa, ha enviado
á servirme, y yo deseo
honrarle mucho, que creo
que ha de ser bien empleado.
Miralde bien, que me hallo
tan inclinado á su amor
que no le tendrá mayor
ningún rey á su vasallo.
(*Vanse el Rey y Ruy López.*)

ESCENA VIII

DICHOS, menos el REY y RUY LÓPEZ.

- D.ª ELV. (*Ap.*) Quiero mirar muy atenta
esto que el Rey encarece.
Buen talle tiene, y parece
que majestad representa
su aspeto con bizarría.
Con dicha en palacio entró,
pues que con el Rey halló
tanto favor en un día.
- INFANTA. Huelgo que el Rey, mi señor,
se sirva de vos, y espero
que, como buen caballero,
mereceréis su favor. (*Vase.*)
- D.ª ELV. Luna sois, palacio os vea
siempre sin luz eclipsada:
feliz ha sido la entrada,
ansi la salida sea. (*Vase.*)

ESCENA IX

El INFANTE DE ARAGÓN y DON ALVARO.

- INFANTE. ¿Don Alvaro?
- D. ALV. Mi señor,
¿qué me manda vuestra alteza?
- INFANTE. Ampare la sutileza
de tu ingenio el grande amor
que tengo á la Infanta, y creo
que has de ser favorecido
tanto del Rey, que excedido
halles tu mismo deseo.
Si haces mis partes desde hoy,
con prudencia y con recato,

de que nunca seré ingrato
palabra y mano te doy.
Yo te prometo, yo juro
de ser tuyo si encamina
esto tu industria.

- D. ALV. ¿Adivina
vuestra alteza lo futuro,
ó burla de mí? ¿Qué fuente
en los abismos del mar
no ve morir y atajar
el cristal de su corriente?
¿Qué luz de breve farol,
ó qué centella atrevida
tiene aliento, tiene vida,
si está delante del sol?
Yo, fuente, ¿puedo tratar
misterios del Oceano?
Yo, centella, al sol humano
¿podré nunca aconsejar?
- INFANTE. Vanas retóricas son
las de la modestia, amigo.
Si podrás, y yo me obligo
de nuevo á tu protección.
Tú podrás lo que desees;
vencerás humanas suertes. (*Vase.*)
- D. ALV. Plega á Dios que en eso aciertes,
aunque tú ingrato me seas.

ESCENA X

El REY y DON ALVARO.

- REY. Alvaro, poco me quieres,
pues sin mí puedes estar
cuando te vengo á buscar.
- D. ALV. Mi propio ser, mi Rey eres,
y poder estar sin tí
es querer que el sol esté
sin la luz que en él se ve.
- REY. ¿Pues cómo huyes de mí?
- D. ALV. Humildad, no desamor
me detiene.
- REY. ¿Y osadía
no te da la amistad mía?
- D. ALV. Mucho alienta tu favor.
- REY. Como tienes poca edad
como yo, fuerza es tener
amistad.
- D. ALV. ¿Favorecer
á un criado es amistad?
No, señor, no dé tal nombre
tu majestad al favor.
- REY. La amistad nace de amor.
- D. ALV. Siendo desigual el hombre
que el favor recibe, es llano
que no es amistad, y así...
- REY. En fin, yo te quiero á tí,
y tu pensamiento es vano.
Siéntate y dime qué damas
viste más bellas.
- D. ALV. Señor,
sentarme será favor
desproporcionado.
- REY. ¿Llamas
desproporción al hacerte
yo favor? Siéntate aquí.
- D. ALV. ¿Qué dirá, señor, de mí

REY. quien me viere de esta suerte?
Nadie nos ve, y así digo
que no es ajeno de ley ¹
que por ser un hombre rey
tener no pueda un amigo.
Siéntate.

(Siéntase á sus pies.)

D. ALV. Obedezco, pues,
y digo que sólo ahora
con la Infanta, mi señora,
vi una dama.

REY. Elvira es
Portocarrero, y es hija
del señor de Moguer.

D. ALV. Ella,
ó nacido de mi estrella,
ó para que yo corrija
mi arrogancia, si desea
altivez demasiada,
me dijo: «felicite entrada;
ansí la salida sea.»

REY. ¡Donosa bachillería!
Si tú en mi gracia has entrado,
no temas que pueda el hado
quitarte la gracia mía.
Préciase Elvira de ser
quien todo amante acobarda.
¿Qué te parece?

D. ALV. Gallarda.
REY. Es muy hermosa mujer.

ESCENA XI

DICHOS. Va á salir Ruy López y en viéndolos
quédase escuchando.

RUY. Hablando está el rey don Juan
con don Alvaro de Luna,
que á sus pies está sentado:
privará con él, sin duda.
La juventud de los dos
sus nobles ánimos junta,
que no siempre la razón
contradice la fortuna.
Niño el Rey, Alvaro joven,
que sobre el labio las puntas
del bello de oro se muestran,
aunque en la barba se encubran,
claro está que han de tener
amistad. Siempre son unas
nuestras acciones humanas,
aunque con la edad se ocultan.
Lo mismo pasó por mí.
Muchas veces fueron, muchas,
las que yo sentado estuve
entre las alfombras turcas
de la cámara de Enrique,
á sus pies, que sus hechuras
tiene cada rey, y quiere
parecer á Dios, y gusta
de hacer de nuevo los hombres
á su imagen. Las profundas
y cristalinas corrientes

¹ En el original dice «deleite», errata indudable;
pero tal vez el verso se habrá escrito así: «ser muy
ajeno de ley.» En el ms.: «que no es ajeno de ley.»

de los ríos, que procuran
llegar con ansias al mar,
una vez montes inundan,
otras valles, otras prados,
pero siempre el agua es una.
Varios climas va ilustrando
el sol, con sus trenzas rubias
diversas casas lumina,
nuevos hemisferios busca,
y siempre es una luz.
Desta suerte es la fortuna:
siempre corre, siempre vuela,
siempre delante, atrás nunca;
nuevos campos fertiliza,
nuevos caminos procura,
nuevas hechuras levanta,
que son imágenes suyas
agua y sol. Quiero escuchar
lo que dicen.

REY. La más pura
fe y amistad que los libros
en sus historias ocultan,
Alvaro, ha de ser la muestra;
y en reinando te asegura
mayores honras mi pecho,
como lo verás.

D. ALV. Quien usa
de ese favor que le has dado,
harto ha merecido.

REY. Injurias,
Alvaro, mi grande amor.
Si tú fueras, por ventura,
rey, ¿qué me dieras á mí,
á quererme?

D. ALV. Fuera tuya
mi potestad, fueras rey:
yo fuera una estatua muda.
A tu voluntad, mi ser
al tuyo pasara, y juntas
nuestras dos naturalezas,
parecieran ambas una,
y aún no te diera nada,
porque fueras la absoluta
potestad del reino y mía.

REY. ¿Y así de darme te excusas?

D. ALV. Hiciérate condestable
de Castilla, fueran tuyas
Arcos, Arjona, Ladrada,
Ribadeo y Villaescusa,
Aillón, Betanzos, Vivero,
Montalbán y Villarrubia;
fueras conde, marqués, duque.

RUY. (Amagos son estas burlas
de los sucesos del tiempo;
sin malicia y sin industria
le ha dado el rapaz mi hacienda.
¡Ay del pobre que lo escucha,
si hubiera de ser verdad!
Las puertas estaban juntas;
hacer quiero que las abro.)
¿Quién entra agora?

D. ALV. ¿Te turbas?

REY. ¿qué tienes?

D. ALV. Me vió sentado
Ruy López.

REY. Pues disimula.

D. ALV. Digo, señor, que el halcón

con sus engañosas puntas
de la garza se remonta.

RUY. (Ap.) ¡Qué bien la plática mudan!
Señor, ya traté en las Cortes
que los seis meses se suplan
y que reines luego.

REY. Y pues,
¿qué fué la respuesta suya?
RUY. Parece al reino, señor,
que siendo una ley tan justa
la que dispone la edad,
que reprimas y que sufras
los deseos de reinan,
pues falta poco.

REY. ¿Quién duda
que por mandarlo vos todo
me ponéis tales excusas?
Sois Gobernador del reino,
y haráseos del mal; ya es mucha
esa ambición, Condestable,
en una vejez caduca.
RUY. ¡Vive Dios que no he podido
hacello, porque se juzga
á liviandad el intento!
Rey don Juan ¿por qué me culpas?
¿cómo dudas de mi amor?
(Ap.) (Moriscas escaramuzas
no temo como á este niño.
Alguna deidad oculta
vive en los reyes.)

D. ALV. Señor,
siempre en los ayos se culpa
la severidad, mas ellos
el bien del pupilo buscan.

REY. ¿Quién os mete á vos en eso?
Mucho sus cosas me injurian.
RUY. ¡Señor...!

REY. Basta, Condestable.
D. ALV. (Ap.) La lengua suspendo muda.
Quédome sin ir con él.

REY. Alvaro.

D. ALV. Señor.

REY. Escucha.
D. ALV. Yo le quitaré el enojo,
Condestable, con industria.
RUY. Obrar bien es lo que importa,
don Alvaro; no me turban
accidentes, que Dios tiene
en sus manos la fortuna.

JORNADA SEGUNDA

ESCENA PRIMERA

HERRERA y GARCÍA, criados de Ruy López.

GARCÍA. ¡Vive Dios que he de probar
mi intención donde no hable!

HERRERA. En casa del Condestable
ha de sufrir y callar
con respeto y cortesía.

GARCÍA. Y cuando llegue á perder
el respeto ¿qué ha de hacer?

HERRERA. Tiemple, señor Juan García,
el enojo, que está en casa
de Ruy López, mi señor,

á quien respeto y amor
debemos ambos.

GARCÍA. Me abrasa
esa flema. Si habla mal
á espaldas vueltas de mí,
¿para qué está humilde aquí?

HERRERA. Hanle engañado; no hay tal;
y si agora humilde estoy,
ya he dicho por qué, García.

GARCÍA. ¡Oh! ¡qué cortés cobardía!

HERRERA. Eso no, que noble soy;
cobardes son los villanos.
Perdone esta vez la casa.

GARCÍA. Agora veré si pasa
desde la lengua á las manos.

(Saquen las espadas y sale Ruy López.)

ESCENA II

DICHOS y RUY LÓPEZ.

RUY. ¿Qué es esto? ¿Ansi se atropella
el respeto que se debe
á mi casa? ¿Ansi se atreve,
sabiendo que estoy en ella,
vuestra soberbia, rapaces?
¡Vive Dios, que os mate á palos;
necios, locos, hombres malos,
y que derramáis solaces,
como dicen en Castilla!
¿Ansi turbáis mi sosiego?
Y tú, que pusiste luego
en la vaina la cuchilla,
¿quién duda que la ocasión
diste al enojo?

HERRERA. Prometo
que ha sido por tu respeto.

RUY. Ya sé vuestra condición,
soberbia y presuntuosa;
también sois de Andalucía,
y tenéis por bizarria
no sufrir ninguna cosa
los andaluces. Ya sé,
de veros así á los dos,
que tendréis la culpa vos;
no me engaño, bien lo sé.
Andad, andad noramala,
no estéis delante de mí.

HERRERA. Debo obedecerte. (Vase.)

ESCENA III

RUY LÓPEZ y GARCÍA.

RUY. Di,

GARCÍA. ¿qué fué aquesto?
No le iguala
ninguno, á su parecer;
revienta de caballero.

RUY. Como ve que bien te quiero,
celos debe de tener.
Sed amigos, no haya más;
tened paz, tened amor
á vuestro dueño.

GARCÍA. Señor,
si un hábito no me das,
como á Herrera, vivirá
siempre dél menospreciado.

No tengas sólo un criado con hábito, amor y fe. Me debes honrar mi pecho como el suyo, porque así mire tu poder en mí, y Herrera esté satisfecho de que no ha de atropellar tus criados.

RUY. Otro día hablaremos más, García, en esto.

GARCÍA. ¿Qué se ha de hablar? Si tú quieres, ¿qué no puedes? ¿Que Maestre no es tu amigo? Mi señor, si es que te obligo, no me hagas más mercedes que esta, y en ella confío que mi suerte se mejora.

RUY. ¿Te bastará por ahora si te doy un lugar mío?

GARCÍA. Pues, señor, ¿dificultades hallas con tanta aspereza? ¿No es bastante mi nobleza?

RUY. ¡Oh, qué mal te persuades! Temó el pedir, y así quiero darte un lugar.

GARCÍA. ¿Pues qué aldea puede haber que merced sea como hacerme caballero de hábito?

RUY. Bien está; yo lo trataré, García. Antes que se ausente el día, que remontándose va, he de ir á palacio; mira si hay que firmar, dejaré despachado.

GARCÍA. ¿Y yo tendré con justas razones ira? Si tendré; pero ¿con quién? con el que me dice aquí ó que no hay nobleza en mí, ó que no me quiere bien.

(Vase García.)

ESCENA IV

RUY LÓPEZ. Después un PAJE.

RUY. ¡Con qué furor, con qué extremos de soberbio y loco error nos engaña el propio amor, y nunca nos conocemos! Nadie sus defectos ve; amor propio es amor ciego: bien dice el proverbio griego, que la mayor ciencia fué el conocerse á sí mismo. Es hombre humilde García; no es hombre noble y porfia con tan loco barbarismo por un hábito, y recelo desengañar su ambición, porque le tengo afición y le daré desconsuelo. Mas iréle divirtiendo hasta que conozca ya

que su descrédito está en lo que está pretendiendo. Este memorial me ha dado un pobre.

PAJE. Y con mucho gusto le veré yo: esto sí es justo. ¿Memorial, y tan cerrado? (Lee.) «Mire bien vueseñoría lo que firma, que conviene este recato á quien tiene por secretario á García.»— ¿Hay desvergüenza como esta? Grande envidia le escribió.

(Al Paje.) Dile que entre á quien le dió y llevará la respuesta.

¡Que pueda descomponer la malicia á un buen criado, con mercedes obligado!

¿Yo tenía de creer fácilmente deslealtad en quien mucho amor merecé?

PAJE. Quien me le dió no parece.

RUY. ¿Qué conocida maldad! Ya he conocido de quien ha procedido, sí, sí.

ESCENA V

RUY LÓPEZ y GARCÍA, con papel y tinta.

GARCÍA. Que firmar tienes aquí.

RUY. ¿Que porque te quiero bien testimonios te levanten? ¡Oh, envidia! ¡soberbio trueno! vómitos das de veneno, porque á la virtud espanten.

Salte fuera, Juan García, no sé si tienes memoria de un suceso de la historia de Alejandro, que tenía un médico muy privado, y escribiéronle un papel que se recatase dél, porque había concertado darle la muerte. El famoso y magnánimo señor, como le tenía amor, nunca estuvo temeroso.

Trújole cierta bebida un día el médico, y él, entregándole el papel, tomó la copa, y la vida segura en caso tan nuevo, dijo con gallardo brío: «Mira si de ti me fio; lee tú mientras yo bebo.» El mismo caso confirmo, sin ser Alejandro yo, mira si te quiero ó no: lee tú mientras yo firmo.

(Dale el papel y firma mientras lee García.)

GARCÍA. (Lee.) «Mire bien vueseñoría lo que firma, que conviene este recato á quien tiene por secretario á García.»— ¡Esto se escribe de mí!

¿Quién duda que Herrera ha sido soberbio y desvanecido autor desto? ¡Que no fuí hombre para darle muerte! Mas, si bien lo considero, agradecerélo quiero, pues me avisa de la suerte que podré vengarme yo, si el hábito no me dan.

RUY. Todas firmadas están.

GARCÍA. ¿No las has leído?

RUY. No, así viva y así vivas: soy congado, aunque viejo. Dos firmas en blanco dejo porque dos cartas escribas á Luis y á Pedro, mi hijo, y sepan que bueno estoy: mira si crédito doy á lo que la envidia dijo.

GARCÍA. ¿Y en lo del hábito?

RUY. Calla,

que ya es necia tu porfia.

Esa pretensión, García,

es menester...

GARCÍA. ¿Qué?

RUY. Pensalla.

GARCÍA. (Ap.) ¿Con Herrera ánimo franco,

conmigo tanto recelo?

Si no me le dan apelo á las dos firmas en blanco.

RUY. (Vase.)

¡Qué engañada aprehensión en algunos mozos veo cuando apoya su deseo su misma imaginación!

ESCENA VI

RUY LÓPEZ y HERRERA.

HERRERA. ¿Estás ya desenojado?

RUY. ¿podré llegar á tus pies?

No, ingrato, loco, porque es mi enojo agora doblado.

Cuando acabas de reñir con García, porque dél no me fie, ¿este papel te has atrevido á escribir?

¿Un hombre tan bien nacido ha de hacer cosas mal hechas?

¿Ponerse deben sospechas en criado que ha servido tan fielmente? Mira, di si aquesta letra conoces.

HERRERA. Ansi de buen siglo goces,

que ese papel no escribí.

¿Yo tenía de dudar de la fe del secretario?

RUY. ¿Pues quién es el temerario que me pudo á mí enviar tal papel?

HERRERA. Reconocer

quiero la letra, que yo la he visto.

RUY. ¿Y quién la escribió?

HERRERA. De fray Vicente Ferrer,

el santo que está en Valencia,

es sin duda. El te escribía otro tiempo cada día, y haciendo la conferencia con las cartas que tú tienes, verás que es una la letra y que el misterio penetra. ¿Milagritos me previenes? Muy cansado estoy de ti. Mientras se templá mi enfado has de hacer lo que he mandado; no estés delante de mí.

HERRERA. Ni le absuelve ni condena mi lengua, pero colijo, que si acaso verdad dijo don Enrique de Villena; aunque á mí me quieras mal, y á él le tengas tanto amor, que él ha de ser el traidor, y yo he de ser el leal.

(Vanse los dos.)

ESCENA VII

EL REY DON JUAN y DON ÁLVARO DE LUNA.

REY. Salir esta noche quiero.

D. ALV. ¿Y dónde has de ir, señor mío?

REY. A pasear hacia el río,

ó á rondar hacia el terrero,

que hay una dama á quien tengo una grande inclinación,

y quiero que el afición crea con que á verla vengo.

Quisiérame declarar con ella, aunque su valor es tan grande que mi amor más en esto he de mostrar.

D. ALV. ¿Quién es la dama, señor?

REY. De doña Elvira me agrado.

Parece que te ha pesado:

¿tiénesla tú acaso amor?

D. ALV. Hasta aquí mi pensamiento ni le he, señor, reprimido,

ni es cobarde ni atrevido.

REY. ¿Amor fuera atrevimiento?

D. ALV. El cortés galantear de palacio, no es amor,

como el del vulgo, señor.

Es un linaje de amar sin celos, sin esperanza,

sin cuidado, sin porfia,

sin amor, sin fantasía,

sin intento, sin mudanza;

es respetar las deidades de un cielo humano: tal es el palacio de un rey.

REY. ¿Pues con esas dificultades amas á Elvira?

D. ALV. Señor,

esta inclinación le tengo,

pero ya yelos prevengo al pensamiento menor.

REY. Después que sabes que á hablalla vengo yo ¿dices que quieres olvidar? Gracioso eres.

D. ALV. Señor, mira...

REY. Alvaro, calla,
que doña Elvira ha de ver
por su infinito valor
que si la trato de amor,
sólo del tuyo ha de ser.
Por ti sólo hablarla quiero;
y, si te agrada, será
tu mujer, Alvaro, ya
que yo vengo á ser tercero.
D. ALV. ¿Quién tantas dichas alcanza?
Dame esos pies que presumo...
REY. Necio, que agradeceis humo,
¿doite yo sino esperanza? ¹

ESCEÑA VIII

DICHOS Y PABLILLOS.

PABLILL. Éntrome, que llueve.
REY. ¿Qué hay,
Pablillos?
PABLILL. Vengo podrido
de un poeta que ha venido
de allá de Córdoba, y trae
un libro que ha dedicado
á tu majestad.—¿Qué importa
que con ciencia lega y corta
haga un libro un licenciado
y me dedique su empeño,
para que por eso yo
le haya de dar lo que no
valé el libro ni su dueño?
Algunas veces reviento
por decir muchas verdades.
Escribe mil necedades
un cortesano hambriento;
dedicalas á un señor,
con seis renglones en prosa,
dura, extranjera, escabrosa,
y pretende con rigor
que le dé para la imprenta
á escudo por necedad;
y hay quien tenga vanidad
de lo que llamo yo afrenta,
y lo dé: ¡qué barbarismo!
REY. ¿De un arbitrio, pues; te espantas?
PABLILL. Que haga el señor otras tantas
y se las dedique á él mismo.
REY. Él insigne Juan de Mena
tiene ingenio soberano.
También yo al amor tirano,
que la libertad condena,
en versos míos espero
alabar, porque también
los hago, aunque no muy bien,
don Alvaro.
D. ALV. Lisonjero
quisiera ser. Vanaglorias
puedes recibir con ellos.
¿Quién duda que dél hacellos
te han de alabar las historias?
PABLILL. Entrad, señor Juan de Mena,
que sois hombre muy sonado.
Pero ¿cuánto habéis ganado
á este oficio?

¹ En el ms. 17.101 falta lo que sigue hasta los seis últimos versos de la escena X.

ESCEÑA IX

EL REY, DON ALVARO, JUAN DE MENA Y PABLILLOS.

MENA. (Entrando.) Fama y buena.
Dejad, señor soberano,
Príncipe de España Augusto,
que se me cumpla este gusto
de besaros vuestra mano.
Juan de Mena soy, aquél
que el castellano poeta
llaman hoy, y si profeta
es el corazón fiel
del hombre, yo he dedicado,
por saber la inclinación
vuestra y notable afición
á los versos inclinado,
este libro á vos. En él
no sé sin con dicha alguna
las mudanzas de fortuna
escribo, César novel.
Sirvase tu majestad
de recibille. Trescientas
son las coplas. Tú me alientas,
tú eres, señor, mi caudal.
Mi voluntad manifiesta
es de escribir tus hazañas,
siendo Rey de dos Españas.
La dedicatoria es esta:

(Lee.) «Al muy prepotente don Juan el Sgundo
aquél con quien Júpiter tuvo tal celo,
que tanta de parte le hace del mundo
cuanta de parte se hace del cielo:
al gran rey de España, al César novelo,
al que es en las lides bien afortunado,
aquél en quien caben virtud y reinado
á él las rodillas postradas al suelo.»

PABLILLOS.

¡Ay! que me mata aquel prepotente,
pudiendo decir *al muy poderoso*:
¡ay, ay! que ese metro es tono famoso
para los ciegos cantar de repente.
¡Ay, ay! que ya temo que pueda la gente
oir tales versos sin dar ahullidos,
tirando los bancos por mal admitidos.

MENA.

Atiende, y no hables, bufón imprudente.

REY. Mucho estimo conoceros,
que muy inclinado soy
á los versos, y desde hoy
por maestro he de teneros,
pues sois castellano Apolo.
Aunque yo en tan corta edad,
versos hago.

MENA. Y calidad
das á las musas tú solo.
Mas no eres el rey primero
que escribe versos, señor.
REY. A las mudanzas de amor
leerte unos versos quiero.
Oye.

PABLILL. Mis arbitrios santos
son esta vez para vos:
versos leéis, vive Dios,
que pagáis con otros tantos.
(Rey, sacando un papel)

REY. (Lee.) «Amor, amor no pensé
que tuvieras tal poder
que pudieras deshacer
la firmeza de una fe,
hasta ahora que lo sé.
Es tu fuerza sin igual,
pues lleva tu inclinación
al más fuerte corazón
rendido á tu tribunal,
Para en pena de su mal
ya en tus cárceles se ve
una alma libre hasta aquí:
nunca la fuerza creí
del poder que en ti miré,
hasta ahora que lo sé.»
MENA. Descubren con bizarría
gracias y afectos extraños.
PABLILL. ¿Ven esto? De aquí á cien años
habrá quien dellos se ría.
MENA. En mi libro los pondré.
REY. Y en mi nombre.
MENA. Dasmehonores.
REY. Y sepan mis sucesores
que las letras estimé.
¿No eres, Alvaro, inclinado
á los versos?

D. ALV. Mucho á oídos
y estimallos, no á escribillos.
Mi inclinación me ha llevado
á las armas y á justar,
y si vuestra alteza gusta,
mantener pienso una justa
cuando comience á reinar.

MENA. Y yo he venido á escribir
la real coronación.
PABLILL. Oiga, pues, una cuestión
que se tiene de decir
en los siglos venideros.
Juan de Mena, á su pesar,
conmigo quiere trovar
apostando, y no dineros.—
Vuestra majestad me ahorque
de aquella más alta almena
si el poeta Juan de Mena
diere consonante á alcorque.
MENA. Vuestra majestad le ahorque
por no quebrantar la ley,
pues en la huerta del Rey
hay quien los cardos aporque.
¿Veslo?

REY. ¡Ay, qué mall ¡aporque!
mal consonante: á ese modo
consonante será y todo
albarcoque y alcornoque,
toquillimboque.
REY. (A Mena.) Venid
á verme.

MENA. Tu esclavo soy.
PABLILL. Y entretanto, Mena, os doy
con los dos cofres del Cid.
(Vase Juan de Mena.)
D. ALV. Dale, señor, por tu vida
alguna cosa.

REY. Después,
cuando reine.
D. ALV. Luego es
cualquier cosa recibida

del pobre con mayor gozo.
Dale esta cadena mía.
REY. Alvaro, tal bizarría
no se vió en hombre tan mozo.
Llámale. Algún día podré
pagártela.

PABLILL. ¡Ah Juan de Mena!
el Rey os pone en cadena,
pero no será en el pie.

MENA. ¿Qué manda tu majestad? (Mena, volviendo.)

PABLILL. No es manda, que es de contado.

REY. No os vais sin haber llevado
alguna cosa. Tomad.

MENA. Beso tus pies. (Vase.)

ESCEÑA X

EL REY, DON ALVARO Y PABLILLOS.

REY. Bien habemos
divertidonos.
D. ALV. Entiendo,
señor, que va anocheciendo,
y que ya salir podemos.
REY. Sin que Ruy López nos vea:
porque es mi ayo en efeto.
D. ALV. Sí, señor; y ese conceto
es muy digno de tu alteza. (Vanse.)

ESCEÑA XI

DOÑA ELVIRA É INÉS, criada, á la ventana.

D.ª ELV. Ya que en esta galería
corren los vientos templados,
y está con nuevos cuidados
de mi amor el alma mía,
del fresco quiero gozar
esta noche.—Inés.

INÉS. Señora...

D.ª ELV. Si me quieres bien ahora,
podrás un rato cantar.

INÉS. ¿Aquí, señora? ¿No ves
que se juntarán de espacio
los galanes de palacio
á escuchar?

D.ª ELV. No importa, Inés.

INÉS. ¿Pues dirásme una verdad?

D.ª ELV. Sí, diré.

INÉS. ¿Sirvete alguno?

D.ª ELV. Inés, no; si bien hay uno
que me muestra voluntad.

INÉS. ¿Correspóndesle?

D.ª ELV. En mi vida

le hablé palabra ninguna.

INÉS. ¿Es don Alvaro de Luna?

D.ª ELV. Él mismo.

INÉS. ¿Qué conocida
tengo yo tu inclinación!

D.ª ELV. ¿Pues en qué lo conociste?

INÉS. En que tú sola advertiste
en palacio su afición.

ESCEÑA XII

DICHAS, y sale PABLILLOS de noche.

PABLILL. Gente hay en la galería,
si el oído no me engaña.

Señor soy de la campaña;
la tierra esta noche es mía.
A mí me pudre el mirar
lo que llaman galanteo:
ahora bien, yo me paseo:
el terrero he de ocupar.
No ha de haber ánima en pena
que llegue esta noche aquí,
viéndome ocupar á mi
el puesto. Música suena.

INÉS. «Manzanares, de buen gusto
son, aunque pobres, tus aguas,
pues por llegar á Madrid
de la sierra se desatan.»

ESCENA XIII

Sale la INFANTA á la ventana. Dichos.

INFANTA. ¿Fresco, música, y sin mí?
INÉS. Su alteza viene...

INFANTA. No vengo
á estorbaros, porque tengo
gusto también. Inés, di.

INÉS. «No dan blasón á los ríos
grandes corrientes de plata;
arroyos recibe el mar
con más aplauso y más fama.»

ESCENA XIV

Dichos, y el INFANTE con un criado, de noche.

INFANTE. Como es la noche serena,
damas á las rejas hay,
y al golfo de amor me trae
la voz de aquella sirena¹.

INÉS. «Basta que bese los pies
á los Césares de España;
no envidien ondas del Tajo
cuando tributo le pagan.»

PABLILL. Duendes vienen; yo les doy
estorbo, cólera y celos.
Ha cantado de los cielos;
muy agradecido estoy.
Como muchas veces cante
la serviré de escuchar:
goloso soy de oír cantar.

ESCENA XV

Salen el REY y DON ÁLVARO, de noche.

REY. ¿Quién habla?
D. ALV. Será el Infante.

INFANTE. Llega á ver si reconoces
quién es.

CRiado. Difícil sería.

¹ El ms. 17.101 introduce ya aquí al Rey y á Don Alvaro que dicen:

ALVARO. Pienso que canta una dama.

REY. ¿No fuera lícito aquí?

ALVARO. ¿Es de la cámara?

REY. Sí;

Inés de Torres se llama;
criada de Doña Elvira:
escuchemos, por mi vida
su voz dulce y regalada.

PABLILL. Cante más vueseñoría,
que esa voz es voz de voces.

Es un trueno celestial,
es un chillido excelente,
es la trompeta valiente
del gran juicio final,
pues los muertos resucita.
¡Oh, bien haya gracia tanta!
¡Oh, bien haya quien lo canta!
¡Oh, bien haya quien lo grita!

INÉS. Uno con voz lisonjera
gracias da de haberme oído.

D.ª ELV. Curiosidad habrá sido.
(Ap.) ¡Oh, si don Alvaro fuera!

Pregúntale tú quién es.

(Ap.) (Amor, detén tu violencia).

INÉS. ¿Dame tu alteza licencia?

INFANTA. Licencia te doy, Inés.

INÉS. ¿Quién es el agradecido?

PABLILL. Si lo soy desde la cuna;
soy don Alvaro de Luna.

(Ap.) (Sólo esta vez he mentido
y otras mil.)

CRiado. (Al Infante.) ¿Oyes, señor?

Don Alvaro dice que es.

INFANTE. Huélgome mucho: hable, pues,

que tercero de mi amor,

por medio de doña Elvira,

intenta ser; aguardemos.

D.ª ELV. Prosigue, Inés, y sabremos

si es discreto, ó es mentira

lo que dicen dél.

PABLILL. Señora,

¿fué tapaboca mi nombre?

¿Es acaso hablar á un hombre

buey de hurto? No habrá ahora

quien os riña; mamá ó taita.

INÉS. ¿Qué música fué más buena

para vos?

PABLILL. La que más suena:

un órgano y una gaita,

y el gruñido de un cochino

cuando le quieren matar,

porque está cerca de dar

añagazas para el vino.

D.ª ELV. O se burla, ó está loco

quien habla.

PABLILL. Mi inclinación

es de justar, lanzas son

los instrumentos que toco.

Mantener pienso una justa

cuando mi rey se corone:

toda dama me perdona,

que de la color que gusta

cada cual he de vestirme.

INÉS. ¿Saldréis en muchas colores?

PABLILL. Saldré en mi traje.

REY. (A don Alvaro.) En amores

anda el Infante muy firme.

D. ALV. ¿Y tenemos de aguardar

á que acabe?

REY. Hasta ver

quien le habla.

D.ª ELV. El mantener

una justa es singular

acción y dificultosa

para mozos.

PABLILL. ¡Lindo aliño!
Aunque soy algo lampiño,
tengo yo la edad añosa.

¿Venme con aquesta cara
tan rara y fea? A fe mía

que en la gran carnicería
de los infantes de Lara

me hallé yo; y en Aragón
mantuve en el mes de Abril

un torneo contra mil:
¿mil he dicho? pocos son;

y de todos ellos, solos
en pie me quedaron dos.

Birlábalos, vive Dios,
con mi lanza como bolos.

Uno salió, muy galán,
sin botas y con espuelas,
vestido todo de telas

de cedazo ó de Milán.
Su invención era una arpia,
que en su garra sucia y fea

se llevaba á Galatea.
D.ª ELV. ¿Y la letra?

PABLILL. Así decía:
Polifemo tenía un ojo;

vos, señora, tenéis dos:
no sois Polifemo vos.

Otro sacó, á lo que entiendo,
la humana naturaleza

con un mote en la cabeza;
médicos la iban siguiendo.

Era el mote: *Intento es mio*
que crezca el género humano,
y estos me van á la mano,

pues matan más que yo crio.
Otro...

D.ª ELV. Etcétera es mejor,
porque mil irán cansando.

CRiado. (Al Infante.) De justas están tratando.

INFANTE. ¡Oh, necio! trata de amor.

D.ª ELV. (Ap.) Apenas ha renovado
amor sus líneas en mí,
cuando el desengaño vi

que todas las ha borrado.
Iba creciendo por puntos,
pero ya es fuerza morir

oyendo un hombre decir
tantos disparates juntos.
(Retiranse de la ventana Elvira é Inés.)

ESCENA XVI

*El REY y DON ÁLVARO, El INFANTE DE ARAGÓN y su
CRiado, LA INFANTA DE CASTILLA, á la ventana.*

D. ALV. Pienso que no es el Infante.

REY. ¿Quién será?

D. ALV. Pablillos es;

no me engaño.

REY. Pague, pues,
la burla de hacerse amante.

D. ALV. Loco ¿qué estás bobeando?

REY. ¡Ah! necio ¿qué estás diciendo?

(Danle de espaldas.)

PABLILL. Desos nombres no me ofendo
cuando estoy galanteando;
y agradézcanme.

D. ALV. ¿Qué, loco?

PABLILL. Que he conocido quien son.

REY. Si está la Infanta al balcón;
don Alvaro, espera un poco.

CRiado. (Al Infante.) Otros llegan.

INFANTE. ¡Qué rigor!

REY. (A la Infanta.) Bien la música asegura
que vuestra alteza procura
hacer cielo el mirador.

INFANTA. ¿Y quién tiene ese cuidado?

REY. El Infante de Aragón.

INFANTE. (A su Criado.) ¿Oiste aquella razón?

CRiado. A vuestra alteza han nombrado.

INFANTA. El Infante se podía
quietar ya con más razones,
pues que son sus pretensiones
para tratadas de día.

No con armas ni denuedo
mi inclinación vencerá:
que es mi condición, dirá,
muy fuerte; yo lo concedo;

pero ser de otra manera
me pesara, porque estoy
contenta de ver que soy
poco afable. (Vase.)

REY. Escucha, espera.

INFANTE. ¡Válgate Dios por mujer!

Si entro armado de Aragón
en Castilla, agravios son;

si en servir y pretender
me humillo, también te ofendes.

¡Vive Dios! que he de inquietar
á Castilla hasta alcanzar
la deidad que me defiendes. (Vase.)

REY. (A D. Alv.) Enojada fué mi hermana.

D. ALV. Cansale el atrevimiento
del Infante.

REY. Andar intento
hasta que de la mañana
la luz vea.

ESCENA XVII

El REY, DON ÁLVARO, RUY LÓPEZ, con rodela.

RUY. Rey mio,

cuando tenga voluntad
de salir tu majestad,

aun no he perdido yo el brio
de galán y de soldado;

aviseme, pues procuro
su gusto, irá más seguro
llevándome á mí á su lado.

REY. Con calor ha entrado Mayo,
y el fresco salí á gozar:

¿siempre me habéis de buscar?

RUY. Cansada cosa es un ayo.

No, señor; como ayo no,
como vasallo y criado

te busco, que mi cuidado
á esta esfera se extendió.

Pero ya que es tarde ahora
suplicote te recojas;

porque ya sabes que enojas
á la Reina, mi señora.

REY. Ruy López, yo lo haré. (Vase.)